

Las huellas de Dios en veinte años de poesía

Víctor Herrero de Miguel, OFM Cap

Licenciado en Filología y en Sagrada Escritura
E-mail: victorherrerodemiguel@gmail.com

Recibido: 13 de julio de 2016
Aceptado: 3 de agosto de 2016

RESUMEN: La poesía sigue siendo lugar de encuentro con Dios. Una mirada a los autores actuales en castellano nos ayuda a comprender por qué caminos los poetas hallan a Dios o cómo trazan los perfiles de su ausencia. El verso es espacio de epifanía, así como batiscafo lanzado hacia el vacío. Las páginas que siguen nos acercan a la palabra poética que, en nuestros días, busca, niega o afirma a Dios.

PALABRAS CLAVE: creación poética, nuevas formas, relación, sentido, soledad.

George Steiner sostiene que tras el verdadero acto estético late siempre la presencia o la ausencia real de Dios: todo impulso creativo revive la lucha de Jacob contra el ángel, aviva el fuego de la zarza, nos encara frente a una compañía intangible como aquella con la que dialoga Job¹. Pienso si esta idea puede ser verificada en un espacio concreto: la poesía que hoy se escribe en castellano. Los poetas de nuestra lengua, ¿qué dicen, si es que dicen algo, de Dios? ¿Qué le

dicen, si es que le dirigen su palabra, a Dios?

Para afrontar la búsqueda es necesario acotar el campo. Parto de una constatación. En la mayor parte de las librerías que visito la sección dedicada a la poesía es bastante menor que el fondo poético que hay en mi biblioteca personal. Por otra parte, dado que la poesía es el lenguaje de la lentitud, me parece que una mirada a la lírica actual en español puede posar nuestros ojos sobre obras publicadas en los últimos veinte años: la sombra de un poema es alargada. Así, pues, selecciono algunos poemarios que, desde 1996 hasta hoy, han visto la

¹ G. STEINER, *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?*, Destino, Barcelona 1992.

luz y viven en los estantes de mi biblioteca. Busco en ellos las hue-llas del paso de Dios.

1. El Todo o la nada

Comencemos de la mano de dos poetas que, de maneras opuestas, enfocan a nivel teórico la cuestión. El primero, Luis Alberto de Cuenca:

«Mi religión, o sea, la católica, aporta a la poesía tres conceptos que son fundamentales: la *alabanza* de lo creado y de su Creador (como en Akenatón, los himnos védicos, San Francisco, Espronceda, Pound y Perse); el *júbilo* de ser, pero el *sentido* también de ser, al margen del azar y de las ciegas fuerzas naturales; y, por último, el *drama*, la tensión de la lucha en un mundo relajado que prescinde del cielo y del infierno. Feliz quien, al amparo de la fe, escribe poesía desde el júbilo, el drama, la alabanza y el sentido»².

Lejos de esta bienaventuranza, Joan Margarit declara que

«la poesía busca poder vivir la vida con la menor mistificación posible sin caer en el terror, vivir con la máxima dosis de verdad que podamos soportar, que no es demasiada, porque la verdad,

² L. A. DE CUENCA, *Por Fuertes y Fronteras*, Visor, Madrid 1996, 73.

como en las tragedias griegas, destroza a quien la desvela»³.

El contraste es claro. Para el segundo –que llama a Dios «el más brutal de todos los mitos»⁴– la religión es una trampa que el poeta debe evitar, mientras que el primero habla de la relación con la divinidad como fundamento de la creación poética. Semejante lejanía se verifica en dos creadores, cercanos en sus ya muchos años y distantes en su mirada al sentido último: Antonio Gamoneda y Ernesto Cardenal. Hundiendo las manos en sus respectivos últimos poemarios, vemos cómo el asturiano silabea la melodía de la vida como una *Canción errónea* cuya letra no es

«más que cansancio
y un antiguo extravío:
ir
de la inexistencia a la inexistencia»⁵.

Compárense estos versos con los que escribe Cardenal:

³ J. MARGARIT, *Un mal poema ensucia el mundo. Ensayos sobre poesía, 1988-2014*, Arpa editores, Barcelona 2016, 166-167.

⁴ ID., *No estaba lejos, no era difícil* (2010), en ID., *Todos los poemas (1975-2012)*, Austral, Barcelona 2015, 712.

⁵ A. GAMONEDA, *Canción errónea*, Tusquets, Barcelona 2012, 28.

«La evolución nos une a todos
vivos y muertos
Lo que Darwin descubrió
(el que venimos de una sola célula)
es que estamos entrelazados
si uno resucita
resucitan todos»⁶.

Ambas miradas, la de quien se siente empujado por el ritmo preciso de la nada y la de quien reconoce en sí la cadena celular de la Vida, suscitan emoción y vértigo.

2. Dioses muertos, Dios ante la muerte

De los poetas que, sobre la atalaya de la edad madura, se detienen a contemplar sus vidas recibimos imágenes muy distintas de Dios: casi de dioses distintos. Así, Fernando Delgado dedica muchas páginas a lo que él denomina “mal de ojos”: la creación humana de la idea de Dios y su presencia en la historia. Junto a las cenizas de

«dioses tenidos por eternos
de los que sólo queda,
más que el recuerdo de su gloria,
el miedo atroz de quienes les temieron»⁷,

⁶ E. CARDENAL, *El origen de las especies* (2011), en ID., *Hidrógeno enamorado*, Ediciones Universidad de Salamanca – Patrimonio Nacional, Salamanca 2012, 285.

⁷ F. DELGADO, *Donde estuve*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla 2014, 65.

el poeta mira la relación con Dios que mantuvo un hombre que optó por todo lo vivo: Francisco de Asís. Esta es su invocación al santo:

«tiende tu cuerpo exhausto sobre el
[suelo sagrado,
sin importar que miren bellas domi-
[naciones
pidiendo a Dios que sea riguroso
[contigo.
Es posible que Dios se ponga de tu
[parte,
pero puede igualmente encogerse de
[hombros»⁸.

En otra dirección, la de un poemario de amor, Luis García Montero resume así su relación con lo divino:

«Nunca he tenido dioses
y tampoco sentí la despiadada
voluntad de los héroes.
Durante mucho tiempo estuvo libre
la silla de mi juez
y no esperé juicio
en el que rendir cuenta de mis días»⁹.

En paralelo a estos dioses muertos, este Dios que duda de sí mismo o esta silla vacía en el tribunal final, encontramos otros rostros de Dios. Como el que Santiago Castello –percibiendo, en el que sería el

⁸ *Ibid.*, 90.

⁹ L. GARCÍA MONTERO, *Completamente Viernes*, Tusquets, Barcelona 1998, 96.

lecho de su muerte, la circularidad
de la vida— traza así:

«¿Por qué querrá Dios
que la vida sea un círculo,
que la memoria anide
y de pronto se yerga?
Repetimos la historia,
volvemos a la infancia,
la oscuridad aterra,
el silencio confunde
y el mismo crucifijo
vigila en la mesilla
para esas madrugadas
que no se acaban nunca»¹⁰.

También en la frontera de la muerte (esta vez, de la muerte ya acaecida de la persona amada), Dios aparece en el poema. Así culmina Carmen Garrido su reportaje poético sobre *Los días de Dios*:

«Dos horas después llega el Hijo
y le espeta: *Padre, ¿por qué los abandonaste*»¹¹.

Sin nombrarlo, pero casi delineando, tras lo que dice, el nombre de Dios, Vanesa Pérez-Sauquillo traspasa así el umbral de la muerte:

«Y si el final
no fuera más que un algo
que se enciende
hacia otra parte.

¹⁰ S. CASTELO, *La sentencia*, Visor, Madrid 2015, 66.

¹¹ C. GARRIDO ORTIZ, *La hijastra de Job*, Renacimiento, Sevilla 2009, 70.

La fruta
tras el hueso de la fruta.
La caricia que crea
la carne
en su caída»¹².

3. De la página a la piel

Otro camino para el encuentro poético con Dios es la recreación de motivos y de personajes bíblicos como la samaritana, cuya voz asume Maite Pérez Larumbe:

«Estoy hecha de adobe.
Es mi consumación buscar el agua
y en ello abrir al cielo
la boca que se ahoga.
A quien me hizo de yeso
no ha de ofender la sed que me
[desvive]»¹³.

¿A quién pertenece la sed: a la mujer de Jn 4 o a la poeta que a ella se acerca? Otra mujer mirando en las mujeres bíblicas la presencia de Dios es Mercedes Marcos Sánchez. En su poema *El corazón de las mujeres* la poeta se introduce de este modo en la escena evangélica:

«Estrándose sobre la distancia,
el corazón de las mujeres

¹² V. PÉREZ-SAUQUILLO, *La isla que prefieren los pájaros*, Calambur, Madrid 2014, 50.

¹³ M. PÉREZ LARUMBE, *Mi nombre verdadero* (1998), en V. M. Arbeloa (ed.), *Poetas navarros del siglo XX*, Fundación Diario de Navarra, Pamplona 2002, 258.

se hizo cruz en el Gólgota.

¡Oh corazón de las mujeres, cruciforme,
arca lúcida,
oscura estancia del amor y permanente
arcaduz del misterio!

¡Oh corazón de las mujeres,
prodigioso arroyo fiel que mana
desde el mar de Galilea hasta el Calvario!
¡Y más allá del Calvario, hasta los límites
verticales y alzados,
hasta la orilla de la fe donde se trueca
el destino del hombre!»¹⁴.

También la poesía del lenguaje bíblico sirve de apoyo para la construcción de un poema. Sobre el texto de Ap 14,2 (*tamquam vocem aquarum multarum*), María Victoria Atencia cifra su relación poética con Dios:

«No era la soledad
sonora sino tú, tú mismo —amor
que ahora te quedas tan en silencio a
[veces—; eras tú,
en un sonido acorde por el que ibas
[rompiéndome
sobre la cuerda o el metal nombrados
[separadamente.
Y yo escribiendo el papel pautado
como si dispusiera de una clave
capaz de convocarte. Porque, a veces
[también,
tú, voz de muchas aguas, consentías
hacer de aquella niña tu instrumento»¹⁵.

¹⁴ M. MARCOS SÁNCHEZ, *Meditación en Mateo: In agonía Christi* (2008), en ID., *Recuento de palomas (Poesía, 1978-2010)*, Diputación de Salamanca, Salamanca 2011, 149.

¹⁵ M. VICTORIA ATENCIA, *De pérdidas y adioses* (2005), en ID., *El fruto de mi voz*,

4. Súplicas y alabanzas

Siguiendo la tradición de los antiguos, es frecuente hallar en nuestros poetas la palabra lanzada hacia lo alto. En ocasiones, como en estos versos de Juan Vicente Piquerías, se trata de un vocativo en plural:

«¡Oh dioses, hondos dioses, altos
[dioses,
seáis o no seáis, qué poco importa!
Me disteis un instante
en esta vida, un día
breve, encendido, ciego, luminoso,
para abrazar el aire, arder de amor,
gozar, sufrir, cantar, saber, decir,
aprender a deciros
sencillamente gracias»¹⁶.

De igual modo en plural, y desde la singular captación de la lucha entre la esperanza y la realidad, Aurora Luque levanta esta súplica al cielo:

«Os pido, dioses,
sólo sueños portátiles, menudos,
cinta para medir el horizonte,
y días que no engañen, desde lejos,
como veleros gráciles
cargados de ataúdes»¹⁷.

Ediciones Universidad de Salamanca – Patrimonio Nacional, Salamanca 2014, 261.

¹⁶ J. V. PIQUERÍAS, *Atenas*, Visor, Madrid 2013, 67.

¹⁷ A. LUQUE, *Camaradas de Ícaro*, Visor, Madrid 2003, 19.

Con no menor tensión, pasando a un destinatario que se escribe con mayúsculas, Asunción Escribano canta así cuando amanece:

«Le ruego al claro Dios
de la mañana
que derrame sus espigas
de luz sobre este día (...)
Que no me prive el Dios
de la infinita lumbre
esta mañana
de sentir la desmesura
del pábilo inquieto
de este día»¹⁸.

En otras ocasiones, los poetas –cumpliendo una de las funciones ancestrales de la poesía: la alabanza– celebran, en ecos franciscanos, la generosidad multiforme de la vida. Veámoslo en estos versos de José Emilio Pacheco:

«Alabemos el agua que ha hecho
[este bosque
y resuena
entre la inmensidad de los árboles.
Alabemos la luz
que nos permite mirarla.
Alabemos el tiempo
que nos dio este minuto y se queda
en otro bosque, la memoria, durando»¹⁹.

¿Es o no significativa la ausencia del Creador en este pequeño cántico a las criaturas?

5. En la calle, en la memoria

Lo aparentemente contrario (aunque no lo es tanto) también sucede: en contextos que no pensaríamos propicios para intuiciones tales, el poeta descubre la presencia de Dios. Así, una noche trascurrida en una discoteca es vista como epifanía por Juan Antonio González Iglesias:

«Dios quiere que esta noche haya
[amor para todos.
Él permanece inmóvil mientras
[todos se mueven,
porque sabe el alcance de la noción
[de danza.
Ni siquiera los mira. Con los ojos
[cerrados
escucha, nota, siente el contacto de
[las curvas.
Se ofrece como centro (...)
Dios conoce uno a uno a todos los
[que aman»²⁰.

Un encuentro en una calle, tocado por el verso, deja de ser anécdota y se convierte en revelación. Veamos cómo lo detalla Pablo García Baena:

¹⁸ A. ESCRIBANO, *Acorde*, Visor, Madrid 2014, 51-52.

¹⁹ J. E. PACHECO, *Los trabajos del mar*, Visor, Madrid 2014, 116.

²⁰ J. A. GONZÁLEZ IGLESIAS, *Confiado*, Visor, Madrid 2015, 21.

«¡Eh, compañero! ¿Buscas
al Cristo?, gritó alzándose el mendigo
predicador en su hacienda de andrajos
del banco donde duerme,
a espaldas del benéfico Caballero de
[Gracia.
Tuve miedo en la noche, por si fuera
el Cristo mismo, ebrio, quien me
[hablara,
y lo negué tres veces»²¹.

Un espacio donde los poetas, con resultados diversos, se topan con Dios es la memoria. Sumergido en ella, Braulio Ortiz construye dos momentos antagónicos en su relación con Dios:

«La palabra de Dios tenía las
[respuestas,
tu dedo señalaba a los blasfemos (...)
La vida da lecciones:
enseña que los trenes
conocen la deriva,
un hombre y un cangrejo
andan los mismos pasos.
Ya no alzarás el dedo contra nadie.
Viajarás este tramo sin consignas
junto a los pecadores, apátridas y
[herejes,
los que han perdido un Dios o un
[ideario,
que cada día se buscan a sí mismos»²².

También en los hontanares del recuerdo, José Ángel Valente encuentra al dios iluminado por las sombras:

«Bajé desde mí mismo
hasta tu centro, dios, hasta tu rostro
que nadie puede ver y sólo
en esta cegadora, en esta oscura
explosión de la luz se manifiesta»²³.

Ese mismo *deus absconditus* se revela, velándose, en este poema de Hugo Mujica:

«Es la hora del
alba,
la de su transparentarse
en cada guijarro
que enciende
(en las sombras de su
[propia luz
se oculta el dios invisible)»²⁴.

6. Libre de la prisión de las palabras

«¿Es posible encerrarte en las palabras,
decir algo remoto y ya tenerte
en la mano, lo mismo que una música
que se oye y no se ve, verdad del aire
que sólo se aprisiona en el oído?»²⁵.

²¹ P. GARCÍA BAENA, *Los campos elíseos* (2006), en ID., *Poesía Completa (1940-2008)*, Visor, Madrid 2008, 384.

²² B. ORTIZ POOLE, *Hombre sin descendencia*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla 2011, 87-88.

²³ J. A. VALENTE, *Fragmentos de un libro futuro*, Galaxia Guttenberg – Círculo de Lectores, Barcelona 2000, 60.

²⁴ H. MUJICA, *Y siempre después el viento*, Visor, Madrid 2011, 27.

²⁵ C. PUJOL, *El corazón de Dios*, Cálamo, Palencia 2011, 31.

Este poema de Carlos Pujol da cuenta de aquello que mantiene tensa la palabra del poeta: la captación de lo invisible y la consiguiente imposibilidad de materializarlo formalmente. Heredera de la modernidad, aunque sin retirar su barca del mar surcado por los antiguos, la poesía en español de nuestros días no es ajena, en modo alguno, a la presencia de Dios. Y escribo *presencia*, evocando el término inicial de Steiner, pues me parece que estamos ante algo que rebasa una idea, una moda o un tópico literario.

Libres de los convencionalismos de otras épocas, los poetas que sienten a Dios lo expresan sin sujeción a credos o dogmas, religiosos o estéticos, con los ojos muy abiertos al pulso de Dios en los seres y hechos de la vida. Dios es un impulso, una compañía y un

horizonte hacia el cual extender el poema.

La apología, el panegírico o el motivo religioso han dejado paso a caminos que, bien mirados, no son tan nuevos: la ironía o la ubicación de lo divino en ambientes aparentemente laicos son medios de contacto poético con Dios ya transitados por griegos, romanos o por los poetas bíblicos. Piénsese, si no, en Safo o en Catulo o en el autor del *Eclesiastés*.

Dios sigue viviendo en el verso. Su nombre se pronuncia, en ocasiones para negar que existe o para lamentar su ausencia o para celebrar la libertad que engendra ese vacío. Otra veces, el lector atisba, tras la celebración de los detalles del mundo, cómo la mano de un poeta roza con sus dedos los inominados dedos de Dios. ■